

ríamos con los nombres que nos corresponden según es nuestra miseria. ¡Cuánto se yerra en el mundo acerca del conocimiento de Dios! Unos maliciosamente le usurpan los atributos que le pertenecen y le son esenciales, ya quitándole la justicia, ya la misericordia, ya la providencia. Otros, por ignorancia y debilidad, aunque en sus palabras confiesen á Jesucristo, con sus obras niegan lo que con aquéllas afirman; confiesan su justicia, y obran como si no la tuviese; confiesan su misericordia, y se desesperan como si de ella careciese; hablan de su providencia, y desconfían como si en ella no creyesen. ¿Eres tú, acaso, de esta clase de hombres? ¿Piensas como ciertas personas espirituales, muy apegadas á su propio parecer, para quienes á Jesús sólo gusta aquel espíritu que á ellas les guía? Si son amigas de soledad, creen que sólo este espíritu le agrada; si amantes de la caridad y limosna, piensan que sólo la limosna es el sacrificio acepto al Señor. ¡Qué espíritus tan cortos y mezquinos! Vigilemos para no dejarnos seducir; y para evitarlos, propongamos lo que sea conveniente ó renovemos los propósitos que tenemos hechos, pidiendo fuerzas para cumplirlos y socorro para todos los males que nos afligen.

82.—ILUSTRE CONFESIÓN DE SAN PEDRO.

PRELUDIO 1.º Preguntando Jesús á sus Apóstoles qué decían de Él, respondió Pedro: «Tú eres Hijo de Dios vivo»; por lo cual el Señor le alabó y premió.

PRELUDIO 2.º Representate á san Pedro confesando á Jesús por Hijo de Dios.

PRELUDIO 3.º Pide viva fe de la divinidad de Jesucristo.

Punto 1.º *Pregunta del Señor y confesión de san Pedro.*—Considera cómo Jesucristo, habiendo oído lo que de Él decían los hombres, interrogó á los mismos Apóstoles, no porque ignorase lo que de Él sentían, sino para confirmarlos en la fe de su divinidad, y les dijo: «Vosotros, ¿quién decís que Yo soy?» Á esta pregunta, que se había dirigido á todos colectivamente, respondió sólo san Pedro; ya porque, como más fervoroso, era siempre el primero en todas las cosas que miraban á la honra de su divino Maestro; ya porque, como mejor dispuesto, fué ilustrado por el Señor con extraordinaria luz para que conociese las grandezas de Cristo. La respuesta del Apóstol fué: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo». Pondera cada una de sus palabras. Tú, que te llamas por humildad el Hijo del hombre; Tú, de quien dicen los hombres que eres el Baustista ó Elías; Tú, que eres nuestro Maestro y nos has escogido por discípulos; Tú eres el que eres, y el mismo ser esencial, del cual depende todo lo que existe. Tú eres el Cristo de Dios, esto es, el Mesías prometido

¹ Matth., xvi, 16.

á los judíos y esperado de las gentes; el Rey de Israel, Rey de reyes y Señor de señores: el sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec¹; el supremo Profeta; el Santo de los santos², unguido del Señor con óleo de alegría sobre todos tus compañeros. Tú eres, no cualquier Cristo como los puros hombres, sino Hijo de Dios, no adoptivo, sino natural, Hijo de Dios vivo, el cual por ser vivo tiene la obra más noble de los vivientes, que es engendrar á sus semejantes; y así te engendró á Ti, Dios vivo como Él, y por consiguiente infinito, inmenso, eterno y todopoderoso, sabio y bueno y la misma sabiduría y bondad. Todo esto y mucho más penetró san Pedro con la luz del cielo, y lo confesó con la boca con tal fervor, reverencia y devoción, que se hizo digno de soberana recompensa. Y nosotros, ¿qué pensamos de Cristo y de sus atributos, grandezas y virtudes? ¿Damos testimonio verdadero de Él? ¡Oh Hijo de Dios vivo! Concededme tal luz y tal viveza de fe, que todas mis palabras y acciones den testimonio de quién Vos sois; no obre yo de tal modo, que por mi causa sea vuestro santo Nombre blasfemado; antes bien que sea buen olor de Cristo³, manifestándose vuestra santidad y virtud en mi cuerpo mortal.

Punto 2.º *Alabanzas de Jesús á san Pedro.*—Oyendo Jesús la fervorosa confesión de san Pedro, le respondió: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque la carne y la sangre no te reveló esto, sino mi Padre que está en los cielos». En esta respuesta manifestó el Señor claramente lo mucho que se había agradado de la confesión de su Apóstol; y así le honró, llamándole primeramente bienaventurado, porque de este conocimiento y confesión comenzó su buena dicha, como también comienza la nuestra, por ser principio de la vida eterna y bienaventurada. Llámale Simón, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que significa gracia, ó de Joná, que quiere decir paloma, para significar que por esta confesión tan noble se había mostrado obediente á Dios, que se la reveló, hijo de su gracia ó del Espíritu Santo que se la inspiró; y en virtud de ella sería obediente á la ley de gracia y sería lleno del Espíritu Santo con gran plenitud de sus divinos dones. Dícele, en tercer lugar, que no le reveló esto la carne ni la sangre; porque ni esta fe ni los bienes sobrenaturales que de ella proceden se pueden entender ni haber por herencia de los padres carnales, ni por industria ó magisterio de los hombres de carne, ni por las fuerzas de la naturaleza humana, pues no somos suficientes para pensar cosa semejante, sino toda nuestra suficiencia ha de ser de Dios⁴. Añádele que se lo reveló su Padre que está en los cielos, con lo cual confirma que es Hijo de Dios vivo, cuyo Padre está en los

¹ Psalm. cix, 4. — ² Dan., ix, 24; Psalm. xlv, 8. — ³ II Cor., ii, 15.

⁴ II Cor., iii, 5.

cielos, y revela estas verdades de pura gracia para gloria de su Hijo y bien de los hombres. El cual, por esta causa, es llamado Padre de los hombres¹, porque de Él proceden todas las verdaderas ilustraciones con que son conocidos Él y su Hijo. ¡Oh Padre celestial! Por el amor que tenéis á este vuestro Hijo unigénito, os suplico ilustréis mi alma para entender lo que carne y sangre no pueden alcanzar; y pues ninguno puede ir á vuestro Hijo, si Vos no le traéis², traedme, Señor, con las cuerdas de la caridad, para que le obedezca como debo; y siendo hijo de obediencia, lo sea también de vuestra gracia, que dais á los que están en caridad. ¿Nos hacemos dignos con nuestra obediencia de que Dios nos revele sus secretos? ¿Somos dóciles en corresponder á la divina gracia?

Punto 3.º *Promesas de Jesús á san Pedro.*—Considera aquí las promesas gloriosas y los grandes bienes que Jesús concedió á san Pedro en premio de su ilustre confesión. Primeramente le impuso un nombre glorioso, diciendo: «Tú eres Pedro»; como quien dice: Tú has dicho de Mí que soy Cristo Hijo de Dios vivo; pues Yo quiero ahora cumplir la palabra que te di³, de que te llamarías Cefas ó Pedro, y así de hoy más quiero que te llames Pedro. Y como los nombres que pone Cristo no son vacíos, sino llenos de la virtud que significan, así con este nombre hizo á este Apóstol participante de las virtudes que significa el nombre de Pedro, derivado de piedra, que es Cristo, haciéndole semejante á sí mismo en lo que es ser piedra fundamental de la Iglesia, y en fortaleza y constancia, y en las demás virtudes de esta piedra preciosa y fuerte. Luego le dijo: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»; como quien dice: Sobre ti, como sobre piedra firme, fundaré mi Iglesia, dándote la dignidad de cabeza universal de todos los fieles; los cuales estribarán en ti y en tu confesión y viva fe, y sobre ella edificarán las casas de sus conciencias, y tú los confirmarás y establecerás en la fe y religión, y en la obediencia á mi santa ley. En seguida añadió que será tan firme y sólido este edificio y piedra sobre que descansa, que aunque se abran de par en par las puertas del infierno, y salgan todos los poderes infernales á combatirla, no prevalecerán contra ella. Y aunque las lluvias, vientos y ríos⁴ de todas las persecuciones del mundo y de la carne descarguen sobre esta casa, no la derribarán, porque está fundada sobre la omnipotencia, sabiduría y protección de Cristo, que es piedra viva; el cual da firmeza á la piedra, que es Pedro, y á sus sucesores. Finalmente: le dió las llaves del reino de los cielos, para que lo abra y cierre á los hombres; y estas llaves son la llave de la ciencia⁵, para declarar las verdades que están encerradas en las sagradas Escri-

¹ Jacob, 1, 17. — ² Joan., vi, 44; Osee., xi, 4. — ³ Joan., 1, 42.

⁴ Matth., vii, 25. — ⁵ Luc., xi, 52.

turas, y la llave del poder para perdonar los pecados que impiden la entrada en el cielo. ¡Oh santo Apóstol! Gózome del nuevo nombre que hoy os ponen, y de la nueva dignidad que os prometen. Sea para bien ser piedra fundamental de la Iglesia, espantable á los demonios y llavero del cielo, amable á los ángeles y á los hombres. Suplicad al Señor, que os hizo piedra fundamental, me ayude á fundar mi vida sobre esta piedra, de modo que las puertas del infierno no prevalezcan contra mí. ¿Ves, alma mía, cuán bien recompensa Jesús á los que le honran? ¿Buscarás todavía agrandar á los hombres con preferencia á Él? ¿No serás devoto del Sucesor de Pedro?

Epílogo y coloquios. ¡Dichoso mil veces el Apóstol san Pedro, á quien se dignó Dios revelar el misterio de la divinidad de Jesucristo, escondido desde todos los siglos! Jesús pregunta á sus discípulos quién dicen que es Él. Y san Pedro, iluminado por extraordinaria luz y estimulado por divino fervor, contesta por todos: «Tú eres el Hijo de Dios vivo». Aunque te llames por humildad el hijo del hombre y te dignes conversar amorosamente con discípulos tan pobres y miserables como somos nosotros, no eres menos que el Hijo de Dios divino. ¡Oh Pedro! Escucha el premio inestimable que mereciste con tu inspirada confesión. Es Jesús quien te habla. Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná. Bienaventurado por la obediencia con que te has dejado guiar del divino Espíritu; bienaventurado, porque has alcanzado una gracia tan singular como el recibir tan alta revelación de mi Padre; bienaventurado por tu sencillez; bienaventurado por tu comunicación con mi Padre. Desde hoy tú eres Pedro y piedra por la firmeza, consistencia y robustez; sobre ti se asentará mi Iglesia, y todas las potestades del infierno reunidas no podrán derrocar á ella ni al fundamento sobre el cual se apoye. ¡Oh recompensa infinita del Señor! Verdaderamente paga como quien es. ¿Qué dices tú de Jesucristo? ¿Qué dicen de Él tus obras? Si le crees y confiesas por Hijo de Dios, ¿por qué no le amas con todo tu corazón? ¿Por qué no sigues sus consejos? ¿Por qué no temes sus amenazas? ¿No oyes que te dice por un Profeta: Si yo soy tu Padre, ¿dónde está el amor que me tienes? Si soy tu Señor, ¿dónde está el temor que te inspiro? ¿No te conmueven estas sentidas palabras? Mira á Pedro, imítale en la fe, se fiel á su enseñanza, no te apartes un punto de su doctrina y de la de sus sucesores; para esto haz eficaces y particulares resoluciones, y pide fuerzas para cumplirlas, rogando al mismo tiempo por la Iglesia, por el Sumo Pontífice y demás necesidades.

83.—TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús en un monte con tres de sus discípulos, se transfiguró, quedando sus vestidos blancos más que la nieve y resplandecientes como el sol.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo transfigurado.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de transfigurarte en otro varón.

Punto 1.º *Tiempo y lugar de la transfiguración.*—Queriendo Jesús dar á sus Apóstoles algún testimonio de la gloria que tenía encubierta debajo de su humanidad mortal y pasible, y de la que tendrían los que le sirviesen cuando con Él reinasen; y para animarlos á llevar la cruz, y para que entendiesen que también en esta vida da Dios á gustar los gozos de la gloria, aunque de paso quiso transfigurarse delante de ellos, apareciendo con su rostro más resplandeciente que el sol, y con sus vestiduras más blancas que la nieve¹. Aquí será bien consideres cómo el tiempo que para esto escogió fué en medio de su predicación, y seis días después que predicó á todos que llevasen su cruz, y que prometió que algunos de los presentes verían su gloria; para que veas que no tarda el Señor en cumplir las promesas que hace, y para que todos conozcan que la perfecta glorificación será después de los seis días de esta vida mortal, al octavo de la resurrección general; pero todo el tiempo es poco en respecto á la eternidad; pues, como dice David², mil años delante de Dios son como el día de ayer que ya pasó; ó, como dice san Pablo³, todo es un momento que apenas se puede percibir. El lugar fué un monte alto y apartado, muy acomodado para la oración, en señal de que estos favores no los hace Dios á las almas en lo público y en el bullicio y tráfago del mundo, sino en la soledad⁴ y secreto del recogimiento, y cuando están muy apartadas de los afectos y cuidados terrenos, y levantadas á vida de gran perfección, como Moisés y Elías no llegaron á contemplar á Dios en lo poblado, sino en un monte muy apartado; con lo cual debes animarte á buscar esta soledad y alteza de vida, diciendo con David⁵: «¡Oh quien me diese alas como de paloma para volar y alejarme á la soledad, esperando que allí me hablará Dios al corazón, y hallaré el descanso que deseo!» ¡Oh alma mía! Levántate sobre ti misma, y procura que tu corazón sea como monte alto y apartado; monte por la perfección de tus obras; alto, por la contemplación de las cosas eternas; apartado, por la mortificación de las cosas transitorias, para que guste Cristo de venir á ti, y transfigurarte por amor en sí. Para esto,

¹ Matth., xvii, 1. — ² Psalm. lxxxix, 4. — ³ II Cor., iv, 17. — ⁴ Osee., ii, 14.

⁵ Psalm. lrv, 7.

¿qué debes corregir y enmendar en ti? ¿Qué cosas has de practicar?

Punto 2.º *Compañía que tuvo Jesús en su transfiguración.*—Considera los compañeros que llevó consigo Jesús al monte y el ejercicio de oración en que se ocupaba. Los compañeros fueron tres Apóstoles, los más fervorosos y más queridos; porque aunque Dios nuestro Señor quiere y ama á todos los justos, pero á los fervorosos hace mayores regalos; y si no llevó á todos doce, fué porque se entienda que no á todos se hacen estas mercedes extraordinarias; y quizá porque entre los doce estaba Judas, hombre malo y pervertido, y no convenía llevarle á que gozase de tanto bien, ni dejarle á él solo para no infamarle. Por donde se ve cuánto importa ser fervoroso en el amor de Cristo, y cuánto daño hace un malo en una comunidad de buenos. Advierte también que el Señor hace estos favores á quien quiere y como quiere, y á veces por sus altos juicios los hace al menos santo y deja á otro más santo, remitiendo todo el premio para la otra vida; y así, no te has de desconsolar, aunque te vieres desechado y otros son favorecidos con estas gracias soberanas. Pondera el misterio que está encerrado en estos tres discípulos, por los cuales se representan tres virtudes principales que acompañan á la oración levantada, en la que se hace la transfiguración del alma; conviene á saber: fe viva y fervorosa, figurada por Pedro; esperanza fuerte, peleando con valor contra los enemigos de la oración, figurada por Santiago, y caridad muy encendida y afectuosa, figurada por Juan; aunque siempre es menester que Cristo guíe y enderece con sus inspiraciones los afectos con que se verifica la transfiguración amorosa en Dios. El ejercicio en que se ocupaba Cristo en el monte era la oración, para significar que en la oración se dan los regalos y favores del cielo, y la oración alcanza la transfiguración del alma, mudándola de terrena en celestial: en la oración el alma se levanta sobre sí misma, su rostro se pone resplandeciente por la luz de las verdades, y sus vestiduras, que son sus obras, aparecen blancas con purísimas intenciones. ¿Poseemos nosotros las virtudes que nos disponen para la transfiguración espiritual? ¿Nos ejercitamos en la oración fervorosa y retirada que tal efecto produce? ¡Oh dulcísimo Jesús! Concedednos que de tal manera meditemos y contemplemos la gloria de vuestras virtudes, que quedemos transformados en ellas. Enseñadnos á orar con tanto espíritu, que seamos transfigurados en la imagen de vuestra gloria.

Punto 3.º *Modo cómo se verificó la transfiguración de Jesús.*—En este punto has de considerar el modo cómo se transfiguró Cristo nuestro Señor, que fué dando licencia para que la gloria del alma, que estaba como represada, sin derivarse al cuerpo, saliese afuera y se le comunicase; y así quedó resplandeciente como el sol, y aun mucho más, sino que no hubo cosa más

resplandeciente á que compararle. Y de allí resultó que sus vestiduras quedaron blancas como la nieve, y su divino rostro lleno de inefable hermosura, la mayor, como dice David ¹, que jamás hubo ni habrá entre los hijos de los hombres. Levántate sobre ti mismo y contempla á este Jesús Nazareo ², príncipe de los nazareos, más rubicundo que el marfil, y más hermoso que el zafiro. Mírale cuán glorioso ha aparecido en la presencia del Señor, con la hermosura de que le ha vestido; tu Amado es hermoso más que la luna, resplandeciente más que el sol, blanco y colorado, escogido entre millares ³, digno de todo amor y ternura. Despierta también en tu corazón grandes afectos de alabanza y agradecimiento á Cristo nuestro Señor, por los muchos años que privó á su cuerpo de tanta gloria por nuestra causa, y también porque se la dió ahora á gustar, aunque por poco tiempo, con propósito de quitársela para proseguir el negocio de nuestra Redención. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy cuantas puedo, por el alivio que dáis á vuestro afligido y maltratado cuerpo, haciéndole que pruebe la dulzura de la gloria que ha de gozar en la resurrección, antes que pase por los dolores y afrentas de la Pasión. Por aquí veo, Señor, lo mucho que os debo, pues privasteis por tantos años á vuestro santísimo cuerpo de tanta gloria, para que pudiera ser sacrificado en la cruz con tan grande ignominia. ¡Oh quién pudiese renunciar á todos los deleites y gozos perecederos de esta miserable vida, para padecer algo por vuestro infinito amor!

Epílogo y coloquios. ¡Cuán fiel y puntual es Dios en el cumplimiento de sus promesas! Ha soltado una prenda, ha ofrecido á algunos de sus Apóstoles que contemplarían su gloria; y pocos días después toma aparte á Pedro, Juan y Santiago, y subiendo con ellos á un monte alto, apartado y solitario, se transfigura delante de ellos, transmitiendo al cuerpo la gloria que estaba como encerrada y escondida en el alma, y parándole más hermoso que el cielo. ¡Oh milagro estupendo del poder, sabiduría y bondad de Jesús! ¡Oh consuelo inefable para el alma que, afligida y agobiada con el peso de la cruz, camina penosamente por este valle de lágrimas! Jesús en su transfiguración te dice que aun en el mundo puedes esperar, aunque transitoriamente, gozar de favores celestiales; que para esto debes prepararte con el ejercicio asiduo de las virtudes de la fe, esperanza y caridad; y que si quieres transfigurar tu alma y cambiarla de terrena en celestial, de imperfecta en perfecta, debes ejercitarte en la oración humilde, fervorosa y retirada, apartándote del bullicio y tráfigo del mundo, en donde el Señor de ordinario no concede estos favores. ¡Oh si te penetrasen bien de la importancia de estas verdades! ¡Oh si ellas despertasen en ti vivos deseos de la transformación espiritual que

¹ Psalm. XLIV, 3. — ² Thren., IV, 7. — ³ Cant., V, 10.

tanto necesitas! El olvido de estos medios ha hecho que, después de mucho tiempo de vida espiritual, todavía no te hayas cambiado y continúes con los mismos defectos, con el mismo genio indómito, el mismo amor propio vivo, la misma rebeldía en los sentidos. ¿Qué debes, pues, hacer? ¿Qué has de corregir? Míralo con cuidado y detenimiento, y después de conocido, haz firmes propósitos, y con fervor ruega por ti y por los demás.

84.—CIRCUNSTANCIAS DE LA TRANSFIGURACIÓN.

PRELUDIO 1.º Estando Jesús transfigurado, aparecieron Moisés y Elías gloriosos, y al ver Pedro tanta grandeza y gloria, pidió quedarse allí para siempre.

PRELUDIO 2.º Representate este maravilloso suceso.

PRELUDIO 3.º Pide viva fe y encendidos deseos de la gloria.

Punto 1.º Aparecieron Moisés y Elías hablando con Jesús.—Estando Jesús transfigurado, aparecieron Moisés y Elías, también gloriosos, y hablaban con Él ¹. Fueron escogidos estos dos grandes personajes, más que otros, porque se señalaron entre todos en la grandeza de la santidad: porque ambos fueron muy celosos por la observancia de la ley y por el bien de su pueblo: porque ambos ayunaron, como el Señor, cuarenta días ², y en otro monte contemplaron la gloria de Dios; y porque representaban la ley y los profetas que dan testimonio de Jesucristo. Considera cómo vinieron estos dos santos con grande resplandor y majestad, ya porque así convenía para la honra de Cristo, á quien venían á reconocer por su Redentor; ya para que se entendiese que los santos han de ser semejantes á Cristo en la gloria y majestad, como lo son en los trabajos é ignominias de esta vida. ¡Oh, qué contento recibirían estos santos en ver al que por tantos años habían deseado y esperado! ¡Cómo le reconocerían por su Dios y Salvador, y qué gracias le darían por haber venido á redimirlos! Atiende también á lo que hablaban con Cristo nuestro Señor, diciéndole el exceso que había de cumplir en Jerusalén, esto es, su Pasión y muerte, la cual fué exceso de dolores é ignominias, y exceso de satisfacción por nuestros pecados, pues todo fué excesivo, y mucho más de lo que nosotros merecíamos, y más de lo que era necesario para nuestro remedio. De esto hablaba Jesús aun en medio de sus mayores gozos, para que aprendas que cómo Él mientras vivió no quiso tener un rato de puro descanso, sino mezclado siempre con trabajo, así en esta vida el gozar es para padecer, y se han de recibir los favores espirituales que el Señor concede para adquirir fuerzas y sufrir mayores tormentos por su amor. ¡Oh Amador excesivo! D adme que os ame como me amasteis para que guste de padecer y hablar de ello como Vos

¹ Luc., IX, 30. — ² Exod., XXXIV, 28; III Reg., XIX, 8.

gustasteis. ¡Oh, si todos mis consuelos se ordenasen á padecer dolores é ignominias con exceso! Aunque no será exceso, pues todo será poco para lo que yo merezco por mis culpas, y para lo mucho que el Señor padeció por mí. ¿Gustas tú, alma fiel, de padecer trabajos por Jesús? ¿Imitas el celo, penitencia y oración que á Moisés y Elías hicieron dignos de acompañarle en su transfiguración?

Punto 2.º *Deseos de san Pedro de hacer tres tabernáculos y de quedarse en aquel monte.*—Al tiempo que Jesús se transfiguró, estaban los Apóstoles gravados de sueño, y en despertando, al ver tanta gloria, dijo san Pedro: «Señor, hagamos aquí tres tabernáculos, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías». Acerca de lo cual debes considerar primeramente la diferencia que hay entre la oración de los fervorosos y la de los tibios, en la cual aquéllos se transfiguran y éstos se duermen. Es de creer que los Apóstoles comenzarían la oración con Jesús; mas como se prolongase mucho, ellos no pudieron vencer el sueño, y como flacos y miserables se durmieron. ¡Cuánta es la miseria del hombre, que, lejos de ser más fervorosa su oración al fin que al principio, como dice el Sabio¹, hace lo contrario, principiando con fervor y acabando con tibieza! Pondera luego la inmensidad de gozo que habrá en la gloria, porque si una sola gotica de ella que recibió san Pedro² bastó para sacarle de sí y no suspirar sino por quedarse allí siempre, sintiendo que se fuesen Moisés y Elías, y ofreciéndose á hacer tres tabernáculos para ellos, ¿qué será cuando Dios introduzca al alma en aquel gozo inmenso y mar infinito de placeres y delicias soberanas? Mira, por fin, lo que dice el Evangelista: que san Pedro no sabía lo que decía; parte por estar embriagado con la dulzura que sentía en su alma, y parte por el horror que tenía á la muerte y padecimientos de Cristo, de cuya plática no gustaba, antes pretendía estorbarla, como ya lo había hecho antes; mas ni en una ni en otra ocasión sabía lo que decía; porque Dios tenía ordenado que Cristo muriese, y porque esta vida no es para gozar, sino para padecer, y los consuelos de la oración no son para quedarse en ellos, sino para alentarse con ellos á los trabajos de la pasión. ¿No te alentarás á padecer viendo las grandezas de la gloria? ¿Seguirás á san Pedro, mostrando repugnancia á la cruz? ¡Oh dulce Jesús! Concededme que ame lo que Vos amáis, y guste de lo que Vos gustáis, y que mi gusto sea con las dulzuras que me diereis en el Tabor, animarme á estar con Vos en el monte Calvario.

Punto 3.º *El Padre Eterno da testimonio de Jesús, y los Apóstoles se asustan.*—Considera cómo, mientras decía san Pedro las palabras referidas, una nube muy resplandeciente los cercó, y de la nube salió una voz que dijo³: «Este es mi Hijo

¹ Eccles., vii, 9. — ² S. August., in solil. — ³ Matth., xvii, 5.

muy amado, en el cual me he agradado; oidle». Tal fué el modo maravilloso con que el Padre y el Espíritu Santo se dignaron honrar al Hijo. El Espíritu Santo le honró en figura de aquella nube, representando la lluvia copiosa de doctrina y ciencia, y la abundancia de gracias y dones espirituales que se darían á los hombres por Cristo; y aquella nube no era obscura, como antiguamente se mostraba Dios en nube y nieblas¹, sino clara y resplandeciente, para significar que ya cesaron las figuras, y vino la verdad representada por ellas. El Padre Eterno honró á su Hijo, repitiendo las palabras que había dicho al tiempo de ser bautizado en el Jordán, como ratificándose en lo que había manifestado de Él; pero aquí añade: «Oidle», como quien dice: Oid lo que os enseña y manda; creedlo y cumplidlo, porque Él es vuestro Maestro, no Moisés ni Elías, y es mi voluntad que le oigáis. ¡Oh qué testimonio tan glorioso para Jesús! Pondera el temor que se apoderó de los Apóstoles al oír la voz del Padre; el cual fué de manera que cayeron en tierra como muertos. Y si tal efecto produjo en sus corazones la voz amorosa del Padre, ¿qué hará en los réprobos la voz terrible del Juez, cuando venga á juzgar á todos, y castigarlos según sus obras²? Observa, por último, la humildad de Jesús al encargar á sus Apóstoles que á nadie dijese lo que habían visto, hasta después de su resurrección, con el fin de encubrir por entonces esta gloria que le habrías cabido, y quizá para que no fuese ocasión de estorbar su muerte. ¡Oh Padre Eterno! Gracias os doy por el honor infinito que hacéis á vuestro Hijo dando tan repetidos testimonios de su divinidad; concededme que oiga siempre sus enseñanzas, siga sus ejemplos é imite sus virtudes, para que, transfigurado aquí en su imagen, tenga la dicha de participar de su gloria. ¡Oh alma mía! ¿Oyes con docilidad á Jesucristo, como te manda el Padre Eterno? ¿Qué caso haces de sus palabras? ¿Sigues sus consejos?

Epilogo y coloquios. ¡Qué gloria para Moisés y Elías! Son elegidos para dar testimonio de Jesucristo, y á su lado están gloriosos y resplandecientes, y hablando dulcemente del exceso de amor á que se ha de entregar en Jerusalén. Bien les paga ya el Señor el ayuno de cuarenta días que hicieron en el desierto; los trabajos que sufrieron para promulgar y defender su ley, y el celo que tuvieron por el bien de su pueblo. Gozad, ¡oh ilustres santos!, de tanta gloria, y enseñadnos á practicar las virtudes que os han hecho dignos de ella. Mas, ¡ay!; si entramos dentro de nosotros mismos, quizá nos hallemos tan flacos y más que los Apóstoles. Empiezan con Jesús la oración, y mientras Él se transfigura, ellos se duermen; y al despertar y contemplar la admirable visión que se les presenta, en vez de confundirse y humillarse, se engolosinan tanto con ella, que san Pedro, no pen-

¹ Exod., xxiv, 18. — ² Rom., ii, 6.

sando ya en el oficio que el Señor le ha encargado, sin saber lo que habla, sólo trata de idear un medio de quedarse para siempre en aquel monte. ¡Oh Pedro! No penséis tanto en disfrutar de la vista de vuestro Maestro glorioso, cuanto en oír su voz, que no cesa, ni aun en medio de sus glorias, de hablar de trabajos. Esto os dice el Padre Eterno, y esto mismo es lo que nos encarga á todos. Felices nosotros si ahora seguimos este encargo; llegará un día que gozaremos de su gloriosa vista. ¿Qué nos dice Jesucristo? ¿Qué preceptos y consejos nos da? ¿Cómo los cumplimos? Si ahorauviésemos que presentarnos ante el Padre, podríamos decirle: ¿Hicimos lo que nos mandasteis? ¿Cuánto más diligentes somos para oír la voz de los hombres, y aun quizá las voces que dan nuestros apetitos, que la voz de Jesús! Confundámonos de tan indigno proceder; resolvámonos á cambiar de conducta, renovando los propósitos que tenemos hechos, y pidiendo gracia y fuerza para ponerlos en obra, sin olvidarnos de los que se han recomendado á nuestras oraciones.

85.—PETICIÓN DE LOS HIJOS DEL CEBEDEO.

PRELUDIO 1.º Santiago y Juan llamaron á Jesús aparte, y le pidieron los dos primeros asientos en su reino; mas el Señor les dijo que no sabían lo que pedían.

PRELUDIO 2.º Representate á estos dos Apóstoles hablando á solas á Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber evitar siempre la ambición.

Punto 1.º Daños de la ambición.—Llegáronse á Jesús Santiago y Juan, hijos del Cebedeo, y le dijeron: «Queremos que nos concedas cualquier cosa que te pidiéremos»; con cuyas palabras, sin ellos pensarlo, descubrieron los daños que causa la ambición, y será bien los consideres. Porque, primeramente, habiendo oído decir á Jesús que había de padecer y después resucitar² y entrar en su reino, olvidados de lo primero, echaron mano de lo segundo, pidiendo los primeros puestos de él. Así obra el ambicioso; cierra los ojos para no ver lo que es ignominia, y los abre para atender á lo que es honra, deseando desordenadamente procurarla. Luego hace que la oración sea imperfecta é imprudente en el modo, como lo fué la de estos Apóstoles al decir: «Maestro, queremos que nos des cuanto te pidiéremos»; en lo cual mostraron tres imperfecciones; á saber: ser muy voluntariosos y amigos de su propia voluntad; falta de resignación en la voluntad divina, porque no dijeron: Maestro, si quieres, ó si es posible, sino, queremos; y presunción grande en pedir á Cristo lo que se les antojase, usando mal de la promesa que les había hecho, diciéndoles³: «Pedid, y recibiréis». A esto conduce la ambición. La cual, además, hace que carne y sangre se unan y concierten

¹ Marc., x, 35. — ² Matth., xvi, 21. — ³ Joan., xvi, 24.

para pretensiones de honra; y así, estos Apóstoles, no sólo se unieron los dos para hablar á Cristo, sino que, para obtener más eficazmente lo que pedían, obligaron á su madre á que ella hiciese la demanda, después de haberle adorado profundamente. En todo lo cual se ve con cuánta razón David¹ llama á este vicio negocio que anda en tinieblas; porque él es mal sutil, ponzoña secreta, peste oculta, tramadora de engaños, madre de la hipocresía, fuente de la envidia, origen de los vicios, polilla de las virtudes y gusano destructor de la santidad. ¿Somos nosotros ambiciosos? ¿Deseamos puestos elevados? ¿Sentimos ser pospuestos á los demás? ¡Oh humildísimo Jesús! Pues que por amor nuestro quisisteis abajaros tanto, hasta llamaros gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe; por tan profunda humildad os suplico me deis á conocer los daños de la ambición y deteste con toda mi alma un vicio que atrae vuestro odio y maldiciones sin cuento sobre el que le tiene.

Punto 2.º Prudencia de Jesús en responder á estos Apóstoles.—Considera la prudencia y sabiduría que mostró Jesús con estos Apóstoles, diciéndoles: «¿Qué queréis que haga con vosotros?» Porque con saber lo que deseaban en su corazón, no los reprendió luego ni les dijo: No me pidáis lo que queréis, porque no es conveniente; antes quiso que ellos mismos descubriesen la llaga de su ambición y echasen por su boca la ponzoña. Ni tampoco les dijo que les daría todo lo que le pidiesen, porque no es prudencia el ofrecer á bulto cualquier cosa que nos pidieren otros, porque nos podrían pedir una cosa injusta, como Herodías á Herodes². Pondera que estos dos hermanos no ignoraban que con san Pedro eran preferidos á los demás Apóstoles; mas sentían que san Pedro tuviese alguna preferencia á ellos, y por esto pidieron los dos lugares inmediatos á su Maestro; y es temible que, si la ambición pasara adelante, también cundiera entre los mismos y los desuniera, porque cada uno deseara para sí la mano derecha por ser antepuesto al otro. Porque la ambición es un vicio insaciable é inquieto, que no perdona á compañeros ni hermanos. Y así, lo más seguro es escoger el lugar último, como dijo Cristo nuestro Señor³, después del cual no hay otro, sin querer ser preferido á uno solo, porque de otra manera este sólo bastará á quitarte la paz del corazón y el fruto de la humildad. Mira también cómo la ambición cunde en todas las cosas, espirituales y corporales, deseando la prima en todas con desorden; y así estos Apóstoles, ó desearon la mayor grandeza en el reino y gloria de Cristo, imaginando que este reino sería temporal, como creían los judíos, ó si creían que era espiritual, deseaban la mayor grandeza en él, no por ser más santos, sino por ser más honrados de los otros. ¡Oh Maestro de humildad Cristo Jesús!

¹ S. Bern., Serm. 6 in Psalm. xc. — ² Marc., vi, 25. — ³ Luc., xiv, 10; S. Bern.